



## El retrato de Renan.

---

Varios periódicos ilustrados acaban de reproducir el retrato de Renan, presentado en el *Salón* de este año, según creo, por el célebre pintor Bonat.

Aquella venerable figura, coronada por una especie de aureola blanca, de abundante cabellera cana, ha servido á algún caricaturista para evocar imágenes prosáicas y de un cómico bajo y grosero, de un realismo *rabelesiano*; á mí, la postura de Renan, cómodamente sentado, con las manos apoyadas sobre las rodillas, como el *heroe de bronce* de Víctor Hugo en su episodio «La paternidad», me ha recordado la figura del esfinge egipcio, cuyo singular tocado semeja la forma de caer el cabello, camino de los hombros del ancia-



no; el cual, en la serena postura, firme y reposada, también nos recuerda la del misterioso símbolo tranquilamente apoyado en los remos, como quien se arrellana con toda comodidad para esperar siglos y siglos la solución, que no llega de un problema.

Sí; Renan es esfinge, pero moderno, sin carácter hierético, sin mitología, sin rigidez, sin frialdad. Esfinge que en los ojos—no hay más que mirárselos—deja ver toda la profundidad del misterio; pero también el abismo, igualmente infinito, de la idealidad sentimental y *estética*, en el sentido restringido de esta última palabra.

Sí; en la mirada de Renan y en su plácida sonrisa, que está echando á su modo bendiciones, se lee el resumen de la filosofía de este gran pensador poeta.

El misterio es insondable, no por la pequeñez de nuestro cerebro, sino por la grandeza de la realidad; el misterio es infinito, pero no se olvide que en su obscuridad, que proyecta sombra infinita en las profundidades del espacio, le acompañan eternamente, no menos infinitos, la belleza y el amor.

El hombre, que no ha llegado á resolver el *problema* de la realidad, que acaso plantea mal la cuestión, sólo por plantearla, ha llegado también á saber que el mundo, sea lo que sea, y aunque

see una apariencia, es bello; y que su corazón, el humano, sea lo que sea, ama infinitamente la *representación* infinita. Con tales ideas y *experiencias*, no cabe que al escepticismo acompañe el nihilismo ético ni el nihilismo estético. Hay deber, porque hay amor; hay dicha, poesía, porque hay belleza. Todo esto se puede leer en el retrato de Renan, y por ello se explica, como, sin dejar de ser de esfinge aquella mirada, de esfinge aquella postura, su misterio no espanta, sino que atrae, es amable, familiar, dulce; el rostro de Renan, que todo lo pregunta, recuerda la bondadosa expresión de Pío IX, que todo lo creía.

Renan, que es tan querido y admirado en Francia, no es comprendido. Se le ha tenido por un gran *dilettante* en filosofía, por un Anatolio franco de genio, y es mucho más que eso; se han visto en él contradicciones que no lo son. No es perfecto, pero es el francés entre los vivos, (1) que más se acerca á la perfección por la armonía de las facultades y por la paz del alma, conquistada, no al abrigo del puerto, sino venciendo entre el fragor de las tempestades. La calma espiritual de Renan, como la de Goethe, no es una fortuna del temperamento, sino el premio de una gran victoria.

(1) ¡Vivía, cuando se escribió esto! En paz descanse el gran francés.



Á los lectores que estén en el caso de extrañar que se hable así del *coco* de los obscurantistas de nuestra tierra, les aconsejo la lectura de un libro de Renan traducido en español recientemente.

Es claro que me refiero á los lectores que no sepan francés, que por desgracia serán no pocos, aunque parezca mentira.

Renan traducido, adviértase, es medio Renan. Pero no importa; medio Renan vale más todavía que muchos... autores enteros.

El libro á que me refiero se titula *Recuerdos de la infancia y de la juventud*, y aunque publicado en Paris hace algunos años, hoy vuelve á ser de actualidad, porque pocas semanas hace se ha puesto á la venta la continuación de esta obra, *Hojas sueltas*.

Al recomendar aquí y en otras partes el libro *traducido* de Renan, yo me entiendo.

Entre otras ventajas, ofrece esa lectura la ocasión, que á muchos convendrá aprovechar, de desagruar á un hombre á quien se ha estado ultrajando años y años, pensando de él *de oídas*, que es un malvado, un apóstata criminal.

Leed los *Recuerdos* de Renan y veréis como la *honradez* filosófica tiene que proceder en ciertos casos. Estos *Recuerdos* no sólo honran al gran escritor francés, sino también á los maestros católicos.

¡Qué hermosa y evangélica tolerancia, no en las ideas, que no cabe, sino en el trato, en el afecto!

En el libro de Renan pueden aprender mucho los fanáticos que leen *El Siglo Futuro*; pero más pueden aprender acaso los fanáticos que leen *Las Dominicales* y *El Motín*.

Renan declara noblemente que lo mejor de su educación científica, lo más sólido de la base de sus conocimientos, lo debe á los sabios maestros de San Sulpicio; que su gran fortuna fue la firmeza y seriedad de sus estudios católicos.

Y con todo... Renan es Renan.

¡Y nuestros pobres pseudoliberales que piensan que para *pensar libremente* hay que perseguir al clero y desconocer la ciencia de la Iglesia y todas sus glorias!

Yo he tenido el *valor* (así lo han llamado ilustres críticos) de leer y publicar un discurso en que me oponía abiertamente al *laicismo*, según por los más se entiende y practica... y muchos publicistas me han llamado reaccionario.

De San Sulpicio puede salir un Renan.

Y de la escuela láica y antihumanista... sólo puede salir Mr. Homais, el boticario librepensador de Flaubert... el cual, dice Renan, *tenía razón*.

Tal vez, en parte. Pero sin saberlo.



Y el que tiene razón sin saberlo, no la tiene.

En ninguna parte como en España importa que sepan mucho y conozcan la teología, la antigüedad clásica, las lenguas orientales, la filosofía tradicional y la moderna los que hayan de combatir lo que se llama con estúpido desprecio las *antiguallas*.

No basta llamar *neos*, más ó menos líricamente, á los que se agarran á la tradición, al fin sagrada por muchos conceptos.

En la patria de Melchor Cano, de San Ignacio y de Santa Teresa, se necesita *mucho lastre* para decir cosas nuevas, cosas contrarias á las consagradas por la pátina del tiempo y por los resplandores del genio.

Y lo primero que hace falta para decir *lo nuevo*, es conocer bien lo viejo, penetrar su valor, saber sentirlo, y hasta amarlo, en lo que tiene de amable.

Que es lo que sabe hacer Renan, el discípulo de los sabios y los santos y los mártires de San Sulpicio.



## LOURDES Y ZOLA

Un periódico carlista, hablando del viaje, cacareado en demasía, de E. Zola á Lourdes, acaba de llamar *marracho* al novelista francés.

No es la palabra más adecuada, á mi entender; porque Zola podrá ser muchas cosas malas, ó parecérselo, á lo menos, á los reaccionarios; pero á ninguna persona de sentido común se le ocurre ver en él un ente ridículo y despreciable, un marracho.

Si en vez de insultar á troche y moche estos fanáticos españoles, se tomasen el trabajo de estudiar los hombres y las ideas de nuestros días, sabrían que han pasado los tiempos en que todo heterodoxo podía ser mirado como un enemigo de la Iglesia.



Hoy, los *enemigos* de la Iglesia hay que ir á buscarlos entre los redactores de *Dominicales* y *Motines*; es decir, entre los librepensadores de escalera abajo; en la aristocracia del pensamiento á que pertenece Zola, no hay odio, ni siquiera antipatía contra la Iglesia; y el autor de la *Dèbâcle* no va á Lourdes á hacer propaganda de impiedad, ni siquiera á demostrar que *no hay milagros*: empresa imposible, porque los que creen en ellos no son gente dispuesta á rendirse á razones, y los que no creen no necesitan pruebas.

Lourdes es un foco interesante, y tal vez peligroso, de lo que llamaría un antropólogo moderno *fetichismo*, dando á la palabra un sentido elevado hasta cierto punto; es decir, el de adoración concentrada en un objeto particular, al que por esfuerzos de imaginación y voluntad se atribuye valor universal, infinito y divino.

El pensador imparcial ni alaba ni vitupera esta clase de fenómenos sociales y psicológicos; los estudia, busca sus causas naturales y analiza sus efectos; y el *artista en almas* y *doctor* en observación social, hace lo mismo, añadiendo la misteriosa influencia de la poesía, que da relieve y luz á la representación total de lo estudiado.

Así como en *L'Dèbâcle* y en *Guerra y Paz* se vé la vida de los campamentos con un vigor gráfico y estético que no se ha de buscar en las descrip-

ciones y narraciones técnicas más perfectas, en el *Lourdes* de Zola asistiremos á la realidad de estas peregrinaciones piadosas, de una fe que cada día va siendo más rara; y no asistiremos con el entusiasmo ciego del fanático, ni con la incredulidad superficial y presuntuosa del impío que lee las *Ruinas de Palmira* ó lo que en nuestros días haga sus veces.

Zola, si no como hombre de fe, como artista, tal vez, y sin darse él mismo cuenta, como hombre de cierta fe, ó á lo menos de cierta *esperanza*, y sin duda de certísima caridad, respetará, porque es santa, toda la poesía que hay en la ilusión sincera; tal vez adivinará, á fuerza de poeta *realista*, algo de la misteriosa verdad que hay probablemente en el esfuerzo humano que en el dolor tiende como un iman á lo divino y paternal.

También es posible que de paso, y porque así lo exige la fiel representación de los hechos, Zola tenga que ofrecernos el triste espectáculo del fanatismo necio y cruel, el más repugnante aun del *industrialismo* devoto, con otras muchas lacerias humanas que acompañan, como una oxidación necesaria, á toda gran idea que vive al aire libre, sea religiosa, sea artística, sea económica, sea científica, sea jurídica.

Zola, en una entrevista de esas á que se presta con demasiada facilidad, ha dicho que es induda-



ble que en literatura, como en otros órdenes, se nota cierta tendencia mística, y aunque él no la sigue y se aferra á su positivismo pesimista, reconoce la importancia de esa expansión del espíritu moderno y la vé con interés y sin antipatía. Dando á la palabra misticismo un sentido inexacto, pero muy corriente en su vaguedad, no cabe ya negar esa tendencia general, tendencia que es aún de una minoría, que principalmente se observa en las generaciones posteriores á la de Zola, y que es muy otra cosa, y mucho más, que el capricho de la moda estética de Paris y aun mucho más que la influencia rusa capitaneada por de Vogüè, y aun más que la noble empresa filosófico-pedagógica de Lavisse y otros maestros; esa tendencia, que en general puede llamarse idealista, sin poner gran empeño en la exactitud del epíteto, abarca á muchos países, á muchas clases de actividad intelectual, y tienen derecho los que la siguen originalmente, con la verdadera y única originalidad posible, que es la espontaneidad y la *personalidad*, á que no se les tome por imitadores de nadie.

Zola no se cree influido por ella; pero si como crítico, como *teórico* no lo está, en las recientes novelas (en *Le Rève*, *L'Argent* y *La Débâcle*) (1) se

(1) Y en *El doctor Pascal*, en cierto sentido.

puede notar que el *artista tiende*, como otros, á una poesía ideal, misteriosa, metafísica, de una psicología más profunda y más íntima que la que puede engendrarse de la hipótesis psicofísica y de los procedimientos de *fuera á dentro* del empirismo fisiológico positivista.

*¡Ça ira, ça ira!*

Y si no, en la Bernadette de *Nuestra Señora de los Dolores* le espero.





## CONGRESO DE LIBREPENSADORES

---

Entre los varios, muchos, tal vez demasiados congresos que van á celebrarse en Madrid, habrá uno, ó yo he leído mal, de librepensadores.

Si he de decir la verdad, un congreso de librepensadores, en los tiempos que corremos, me parece á mí una cosa así como un congreso de hombres que no son rubios, ó de hombres que no fuman, ó de hombres que no han estado en Paris... ó cualquier otra cosa puramente negativa y sin determinado objeto particular.

El hombre es naturalmente librepensador; luego, sucede que la mayor parte de las veces no piensa, á lo menos por cuenta propia, ni con libertad ni sin ella. Dos caminos hay que conducen á abdicar esa libertad: ó un dogma impuesto y



admitido voluntariamente, ó una preocupación que, sin saberlo, nos domina. En el primer caso, podemos ser fanáticos creyentes; en el segundo, somos, de fijo, fanáticos descreídos. El creyente ortodoxo no piensa con libertad, pero lo sabe; el fanático que niega, porque sí; que no piensa por sí mismo, sino que repite, sin propia conciencia, las negaciones que encuentra formuladas, no es un librepensador, sino un pensador libre; tiene libertad, pero no la emplea en pensar, sino en someterse á ideas hechas.

No es librepensador el que quiere, sino el que puede: el que en lucha con las infinitas preocupaciones que nos rodean consigue emanciparse de tantas fórmulas como nos asedian para sustituir con prendería intelectual el propio raciocinio: el que vence todas esas imposiciones de ideas ajenas no asimiladas, ese puede decir que es un verdadero librepensador y un heroe de la filosofía.

De modo que mirándolo por este lado, inscribirse en un congreso de librepensadores, es darse tono, es como presentarse espontáneamente en una asamblea de chicos guapos.

Es facil observar que en nuestro tiempo estas graves cuestiones religiosas y confesionales más bien que se resuelven, se disuelven.

Al trabajo, á veces penoso, pero siempre necesario, de depuración intelectual, en que los pue-

blos van paulatinamente despojándose de fórmulas que ya no expresan la real vida de su espíritu en aquel momento; á ese trabajo, que es de todos y no está particularmente encomendado á nadie, no hay que llevar artificiales coacciones, ni menos formalismos plásticos alarmantes, que en cierto modo imitan lo que se pretende desechar.

Para negarle á Mahoma que él sea el profeta de Dios, no hace falta decirle «el profeta soy yo.»

Para combatir á un obispo, no hay que vestirse de morado, ni encasquetarse una mitra.

Si los católicos celebran congreso, eso no es razón para que celebren otro los librepensadores.

El catolicismo es algo determinado, concreto.

El libre pensamiento, no.

Yo, que soy librepensador, cuando puedo, y no aseguro haber podido jamás; pero en fin, yo que quisiera ser librepensador, no tengo nada que ver con el general Riva Palacio, v. gr. presidente, según tengo entendido, del congreso de librepensadores.

El libre pensamiento, como un hecho social y psicológico, es la esencia de la civilización moderna. El libre pensamiento, como uniforme, es una casaca buena para representar comedias ó zarzuelas; no para andar por esas calles.

El libre pensamiento como banderín de enganche, es una antigualla.



Esos señores librepensadores que se van á reunir, comprenderán que no son ellos solos los que piensan sin obedecer á un dogma impuesto, y que si fueran á ese congreso los más y los mejores de la clase... ni se cabría en un local cerrado... ni sería el presidente el general Riva Palacio, excelente caballero que no es ningún Platón... ni ningún Lutero.

Si el congreso de librepensadores tiene un carácter de hostilidad á la Iglesia católica, determinado y cerrado, entonces ya es otra cosa; entonces ya se trata de una secta como otra cualquiera, de una bandería, de una cosa real y de fines positivos.

Pero en tal caso... creo que no es oportuno para tal propósito aprovechar el Centenario de Colón, que era un católico ferviente, un iluminado que quería el Nuevo Mundo para rescatar el sepulcro de Cristo.

Advierto á los librepensadores de cierta estofa, que si después de leer todo lo anterior, me tienen por reaccionario, se lo agradeceré mucho.



### *Congreso pedagógico.*

El Congreso pedagógico recientemente celebrado en Madrid ha sido muy útil, según mis noticias, por los trabajos serios, concienzudos y modestos de las secciones; pero en la discusión pública, que es lo único de que podemos juzgar directamente los que no hemos asistido al Congreso, no ha habido mucho que admirar y se han notado desde luego dos graves males: primero, que se han abstenido de tomar parte en los debates los más competentes de los congresistas españoles, como v. gr., el Sr. Giner de los Ríos, que es un orador como pocos y que sabe hablar cuando es oportuno que hable; segundo mal, que han hablado demasiado ciertos polígrafos y polígrafas, y



que se ha dado el principal lugar á una cuestión que en España es prematuro plantearla en la forma radical y nada práctica en que se ha planteado: la enseñanza de la mujer; mientras han faltado tiempo y atención para los más perentorios problemas de educación é instrucción nacionales.

De todo esto ha tenido mucha culpa doña Emilia Pardo Bazán, que va dando á sus naturales y legítimas aspiraciones á la notoriedad una tendencia demasiado plástica.

La señora Pardo debiera reflexionar un poco si le conviene justificar ciertas murmuraciones, según las que ha llegado el caso de recordar á las *preciosas* francesas que puestas en la picota de lo ridículo por la musa de Molière se refugiaron, abandonando el *preciosismo* literario y social, en la sabiduría pedantesca, dando ocasión para que Poquelin escribiera una de sus obras maestras, *Les femmes savantes*.

Sea como quiera, doña Emilia se presenta á defender la *enseñanza de la mujer*, causa por sí nobilísima, con un radicalismo, con unos aires de fronda y con un *marimachismo*, permítase la palabra, que hacen antipática la pretensión de esa señora, ya de suyo vaga, inoportuna, prematura y precipitada.

Uno de los pruritos, casi pudiera decirse manía, de la ilustre dama, consiste en el afán de mez-

clar á hombres y mujeres, de hacerlos andar juntos y codearse en Academias, Ateneos y Universidades. Antes hizo una gran campaña para que las señoras ilustradas pudieran ser académicas de la lengua, y ahora quiere que las jóvenes púberes vayan á cátedra con los aspirantes á bachilleres y aun con los aspirantes á licenciados. Y es más, experimentando su teoría *in anima nobili*, envía á una hija suya á las aulas del Instituto del Cardenal Cisneros, donde, como es natural, profesores y alumnos la consideran con el respeto que merece una señorita.

Ante todo, lo confieso, y sea lo que quiera de las teorías de la señora Pardo, aquí hay que admirar el valor y el patriotismo de esta señora, que, por amor al progreso, ó lo que ella entiende tal, de la cultura patria, no vacila en hacer la experiencia, algo arriesgada por lo nueva, de enviar una hija propia á una cátedra llena de muchachos que suelen ser el diablo.

Pero no espere la señora Pardo que su conducta tenga muchas imitaciones, porque, como ella dice, la mujer española, por su falta de instrucción, no sabe imitar á la madre de los Gracos; no comprende la abnegación social, no sacrifica la familia á intereses más altos y no se atreverá á ensayar tales experimentos por temor á fracasos que (concedáseles también) serían más pro-



ables, si fueran muchas las jóvenes casaderas que frecuentasen las cátedras hasta ahora monopolizadas por el sexo fuerte.

Mas, descartado el valor personal y cívico que supone el experimento de la señora Pardo, yo creo que no tiene razón en dar tanta importancia á este aspecto material de la cuestión.

Puede la mujer ser sabia, literata, sin ir á la Academia, y puede estudiar ciencias sin ir al Instituto ni á la Universidad.

¿Á qué insistir en lo que es secundario y pugna tanto con las costumbres, con las preocupaciones... y acaso con el temperamento nacional?

Además, señora, hay cátedras y cátedras; así como hay libros y libros. Yo, por ejemplo, he explicado algunos años Derecho romano, y aunque he conseguido siempre tratar con la mayor pulcritud y con la santa castidad de la ciencia las famosas disputas de proculeyanos y sabinianos acerca del tiempo de la pubertad, con todo aquello de la investigación empírica del sexo, etc., declaro que si hubiera habido delante señoritas de dieciseis y diecisiete abriles, sentadas entre los chicos, que estaban serios á duras penas, es facil que se me hubiera trabado la lengua ó por lo menos que hubiera estado, de intento, obscuro, para no ofender el pudor y la inocencia, en que creo y adoro, no sé si porque la he corrido poco.

Y aún más difícil, por no decir imposible, me hubiera sido explicar delante de aquellas almas puras y pudorosas la singular naturaleza de los desventurados *spadones*, de que habla el romano con una riqueza de detalles realistas que no he visto siquiera en *Insolación* y otros dechados de naturalismo contemporáneo.

Y ya que hablo de Derecho romano, ¿por qué doña Emilia, que se ha dedicado á toda clase de enciclopedias, no se da una vuelta por una cátedra de *Instituciones*, ó por lo menos lee un manual ó remedia-vagos de esa asignatura? Lo digo porque siempre que alude al derecho que se llama la *razón escrita*, tropieza de poco graciosa manera.

En una novela, *La Tribuna* si no recuerdo mal á una sesión del Senado romano la llamaba *senado-consulta*, que es un selectísimo disparate.

Pues ahora, en la memoria que ha leído en el Congreso pedagógico, nos dice que la mujer, en opinión de ciertos filósofos «no tiene existencia propia, ni *individualidad*, fuera de su marido é hijos; es toda su vida *alieni juri*.» Primeramente, señora, no se dice *alieni juri*, sino *alieni juris* (y lo advierto, por si no es errata, que creo que no), y después, y esto es lo más grave, el ser *alieni juris* ó *sui juris* es cosa diferente de tener ó no tener individualidad, como usted dice, y tener ó no tener existencia propia ó solo para su marido é hi-



jos. Pregúntelo usted á cualquier estudiante de esos que, contra mi consejo, usted quiere que sean discípulos de las señoritas *abogadas*.

No se puede hablar de estas cosas á ojo, ni á oído; á usted eso de *alieni juris* le sonó á vida sacrificada á fines ajenos, y á tutela ó cosa así, y no es eso. Como *inhibirse* no era lo que usted creía, porque *inhibirse* es abstenerse de juzgar por no creerse competente, y usted creía que era meterse uno donde no le llaman, y casi casi lo mismo que *exhibirse*.

El hombre libre podía ser *alieni juris*, y el *sui juris* podía estar bajo tutela; un impúbero podía ser *sui juris* y un hombre libre, ciudadano, cargado de hijos, con canas, podía ser *alieni juris*; es más, para que vea la señora Pardo que esa idea de tutela perpetua en que suponen á la mujer ciertas teorías no puede expresarse por la frase *alieni juris*, le diré que el *pupilo* necesitaba ser *sui juris*; sobre el *alieni juris* no hay tutela posible. Yo no tengo la culpa de verme obligado á hablar de estas cosas. Tiene la culpa doña Emilia. Á esto dirá ella que si en su juventud la hubieran mandado á la Universidad, sabría lo que era senado-consulta y lo que quería decir *alieni juris*. Es verdad; pero replico que entonces también sabría lo que eran *spadones*.

Y más vale que no lo sepa.



## BA YONETA

Atreverse, dice un crítico, poco más ó menos (veo la anfibología), atreverse á presentar al final de la obra la rendición de la plaza, y hacer que las tropas españolas pasen desarmadas por delante del ejército enemigo y le rindan sus banderas, es caminar á un *fasco* seguro.

Y firma «Bayoneta.»

Con media firma; porque la firma entera debe de ser:

Bayoneta calada.

Yo no le niego al Sr. Bayoneta su fuero militar para ponerse á juzgar dramas, y me explico que tratándose de uno que se llama *Gerona*, y en el que hay un sitio, la crítica se declare en estado de ídem, de sitio, y las autoridades civiles,